



Federico Falco
222 PATITOS
Y OTROS CUENTOS



ETERNA CADÊNCIA
EDITORA

222 PATITOS Y OTROS CUENTOS

FEDERICO FALCO

Falco, Federico
222 patitos y otros cuentos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2015.
EBook

eISBN 978-987-712-070-7

1. Narrativa Argentina. 2. Cuentos.
CDD A863.928 2

© 2014, ETERNA CADENCIA EDITORA S.R.L.

© 2014, Federico Falco

Primera edición: octubre de 2014
Primera edición digital: mayo de 2015

Publicado por ETERNA CADENCIA EDITORA
Honduras 5582 (C1414BND) Buenos Aires
editorial@eternacadencia.com
www.eternacadencia.com
blog.eternacadencia.com.ar

eISBN 978-987-712-070-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta
obra por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico o
electrónico, sin la autorización por escrito de los titulares
del copyright

EL PELO DE LA VIRGEN

Durante muchos años, desde cuarto hasta séptimo grado, estuve enamorado de una chica de pelo muy largo. Se llamaba Silvina y se sentaba siempre en la primera fila de bancos, lo más cerca posible del pizarrón, porque era un poco corta de vista. No era la chica más inteligente del curso, ni la más aplicada; tampoco era la más linda, esa chica de la que todos los otros varones estaban enamorados y que se llamaba Anahí Mara Olinda Rodríguez (las siglas de su nombre formaban la palabra "AMOR"). Silvina era rara, un tanto extraña y muy rubia. Tan rubia que, a veces, en los veranos, el cloro de la pileta del club le decoloraba mechones enteros de pelo y se los teñía de un blanco verdoso parecido al color de las algas secas.

Silvina siempre usaba el pelo suelto, partido al medio. Lo tenía tan largo que casi le llegaba a la cintura. Las mañanas de viento lo llevaba recogido, pero el resto del tiempo su cabellera caía lisa sobre sus hombros y terminaba con un corte neto a la altura del cinto del guardapolvo, como si para guiar la tijera la peluquera que lo emparejaba hubiera usado una regla. El pelo de Silvina era perfecto y en el curso nadie más que yo estaba enamorado de ella y yo la amaba en secreto.

Hasta que un día Silvina llegó a clase rapada a cero. Una pelusa dura, de no más de medio centímetro de alto, se erizaba sobre su cuero cabelludo. Silvina entró a la escuela con la cabeza descubierta y recién se calzó un sombrero cuando estuvo segura de que todos ya la habíamos visto y de que el comentario ya había recorrido los dos patios, el de varones y el de nenas, y los pasillos y las aulas y la coci-

na donde las maestras y las porteras tomaban café o fumaban en los recreos. Solo entonces, Silvina se puso sobre la cabeza un sombrero de hilo blanco y ala ancha, tejido al crochet, que a un costado llevaba pegada una flor de color celeste, también tejida al crochet.

No parecía estar avergonzada de haber perdido su pelo. Al contrario, Silvina parecía orgullosa de ya no tenerlo. Mantenía la frente alta y miraba directamente a los ojos, desafiante, a quien se animara a enfrentarla. Eso sirvió para que nadie le hiciera preguntas y para que yo me enamorara aún más de ella.

A partir de ese día empecé a soñar que la cabeza pinchuda de Silvina me recorría bruscamente la piel y me refregaba el pecho como un cepillo friega una mancha en la ropa sucia. Oleadas de vibraciones me recorrían y el cuerpo se me llenaba de calores. Soñaba que un montón de cabellos rubios y desordenados se colaban por entre mis sábanas, que me atrapaban y me aturdían. Yo los mordía sin decir una palabra, disfrutándolo. Lo mascaba como se masca el pelo, con picazón y con enredo.

Todavía no entendía qué era lo que me pasaba y me despertaba mojado y con las sábanas hechas un lío. Lleno de vergüenza, tenía que correr a limpiarme cuidando de no despertar a mi hermana, que estaba a unos pocos metros, en la cama junto a la mía, o a mi papá y mi mamá, que dormían en la pieza de al lado.

Por esos días, en la escuela corrió el rumor de que Silvina se había cortado el pelo para ofrendarlo a una Virgen milagrosa. Se decía que Silvina tenía un hermanito enfermo y que le había regalado el pelo a la Virgen para que lo sanara y lo protegiera. Yo tomé el rumor como verdadero y me desesperé. En algún lugar me esperaban sus cabellos. Necesitaba por lo menos uno, para prenderlo a mi pecho, para recordarla por siempre. Así que me armé una lista de capillas e iglesias de la zona que podrían contener Vírgenes capaces de salvar hermanos moribundos y empecé por re-

correr las más cercanas. Encontré figuras de yeso sólidas, altas y que por ningún costado hubieran aceptado apliques de pelo humano. Al otro lado de las vías, en una ermita donde el culto principal era un San Roque inmenso custodiado por un perro gris de ojos mal pintados, descubrí una Virgen pequeña escondida en un altarcito lateral. Tenía cabello humano, pero negro y envejecido: ese no era el pelo de Silvina.

A pesar de que se volvía infructuosa, no desistí en mi búsqueda. Amplié mi radio de acción, agregué altares a la lista, hice más averiguaciones. Después de un tiempo y bajo secreto de confesión, le pregunté por la Virgen a un cura viejo, que había venido a ayudar al padre Porto con la novena de San José, y él me contó que mucha gente había comenzado a creer que una imagen muy antigua, en la capilla de una estancia cercana, hacía grandes cosas si uno pedía con devoción. Me dio el nombre de la estancia y me indicó cómo llegar. Antes de absolverme por mis pecados, el cura me regaló un rosario y una estampita y me deseó buena suerte. Yo agaché la cabeza y dejé que me bendijera sin decir una palabra. La búsqueda había finalizado.

Llegar hasta la capilla donde Silvina había dejado su pelo no era cosa fácil, había que organizar la excursión con muchísimo cuidado. Iba a tener que recorrer quince kilómetros de camino de tierra, cruzar un arroyo en el que no había puente y guiarme por mí mismo en una maraña de potreros y alambrados semiderruidos. El único modo de locomoción con que contaba era una bicicleta vieja, heredada de un primo y que tenía las dos gomas pinchadas. La tuve que llevar al ciclero y pagar la compostura.

Partí un sábado a la mañana, temprano. Había pasado bastante tiempo desde la última lluvia y los caminos estaban llenos de tierra. Las ruedas de la bicicleta se hundían en el guadal, pedalear se hacía pesado, y en algunos lugares era mejor bajarse y avanzar a pie. Cada vez que pasaba una chata o un camión, se formaban nubes de tierra que ta-

paban el camino y que durante minutos enteros me hacían perder en una neblina densa y seca. El guadal se me pegaba a la piel transpirada y yo emergía de las nubes con la ropa, las orejas y el pelo cubiertos de barro.

Al llegar al arroyo paré a descansar y me comí un sándwich de milanesa que había llevado en la mochila. La coorrentada lenta me salpicaba los tobillos y, en el agua, un cardumen de mojarritas grises esperaba por las migas que de tanto en tanto dejaba caer. Ahí, entre el barro fresco de la orilla, me toqué sin hacer ruido, pensando en el pelo ya cercano y bendito. "Silvina", dejó mi boca escapar su nombre, al quebrarme. Salpiqué el agua con dos o tres gotitas débiles que al contacto con el líquido se solidificaron y se volvieron blancas. Antes de que precipitaran hacia el fondo, las mojarritas las engulleron una a una y escaparon veloces.

Después seguí pedaleando. En el último tramo del camino me encontré con una vaca suelta y su ternero y, un poco más allá, con un gato marrón y negro, de cola muy larga. El gato me miró un rato desde la cuneta polvorienta y se escabulló entre los yuyos altos y secos que crecían junto al alambrado. Supuse que se trataba de un gato perdido, o de un gato ermitaño.

La capilla apareció poco a poco, escondida detrás de una curva. Era muy vieja y parecía abandonada. Frente a ella, un recuadro tapiado y lleno de malezas delimitaba el cementerio: por entre los yuyos se alzaban las puntas herrumbreadas de las cruces más altas. Una hilera de cipreses cimbraba en el viento. Uno o dos se habían secado y otro, partido por la mitad, seguía creciendo inclinado sobre un panteón.

La puerta de la capilla estaba cerrada con candado. Justo al lado de la cerradura, metido en un folio transparente pegado a la madera con chinches, un papel informaba que las misas eran domingo de por medio, a la una de la tarde. Hacia un costado, por una escalera de piedra, se subía al campanario. A la campana le faltaba el badajo. Estaba ata-

da con alambre al crucero del cual se sostenía. Sobre uno de los últimos escalones encontré un pedazo de hierro y di dos golpes fuertes en el canto mellado. Seis o siete palomas aletearon entre los cipreses del cementerio, lo sobrevolaron armando un círculo en el cielo y después de un rato volvieron a posarse sobre las tumbas. Dentro de la capilla se escuchó un rumor de ratas corriendo por las vigas. El alambre que ataba la campana al madero gruñó como si estuviera a punto de cortarse. Después, regresó el eco y, después, todo volvió al silencio.

Bajé y rodeé la capilla sin encontrar otra puerta más que la del atrio. Dos de las paredes tenían ventanas, pero cerradas a cal y canto, o clausuradas desde hacía ya muchos años. Estaba a punto de robar una cruz del cementerio para forzar con ella la puerta cuando por el camino apareció una vieja secándose las manos con el delantal.

¿Usted tocó la campana?, me preguntó.

Respondí que sí y que venía a ver la Virgen. La vieja sonrió.

Linda la devoción de alguien tan niño, susurró mientras hurgaba los bolsillos de su vestido. Encontró una llave, sacó el candado y abrió las puertas de la capilla de par en par.

Cuando se vaya toque de nuevo y yo vengo a cerrar, dijo antes de dejarme solo frente a la oscuridad fresca.

La Virgencita estaba al fondo, en una casilla de vidrio. A cada lado, hileras de bancos apolillados armaban un pasillo que encaminaba hacia ella. Era una Virgen morena, bajita, de cara muy dulce. En los brazos tenía un Niño Jesús sin corona, caído un poco hacia atrás. La cabeza de la Virgen estaba cubierta con una mantilla blanca. Esquivé un reclinatorio y me acerqué. Abrí con cuidado la puerta de la casilla, que chirrió. Encasquetada sobre el velo, fijándolo, descansaba una pequeña corona plateada. Miré hacia atrás y encontré la resolana de la siesta reflejándose sobre las baldosas rojas y, más allá, el campo vacío y el cementerio en si-

lencio. Saqué la corona y la dejé a los pies de la Virgen. Después, lento, muy lento, levanté el velo.

Alguien había hecho un nudo con un piolín en medio del manojito de pelo rubio. El nudo formaba la raya en el peinado de la Virgen. Cada mitad del pelo caía hacia uno de los costados, como un manto suave, que enmarcaba la cara de arcilla y se extendía sobre el vestido de tafetán celeste. Una tachuela escondida aseguraba el cabello a la cabeza de la Virgen. Acaricié temblando ese pelo brillante. Lo acaricié de nuevo. Sentí que iba a morir de placer. El cabello que por las noches me rodeaba, atrapándome y haciéndome gemir en sueños, ahora estaba en mis manos, para siempre.

Un ruido leve me arrancó del éxtasis. Me volví; la capilla seguía vacía. Desde el púlpito, adosados a la pared, dos angelitos cachetudos me miraron con ojos ciegos. Me quedé muy quieto. Esperé un minuto largo y el sonido no se repitió.

Habría sido una rata, pensé y, rápido, de mi bolsillo, saqué la tijera. Corté el cabello al ras, junto al nudo y la tachuela, y la Virgen quedó pelada. Volví a acomodar la mantilla sobre su cabeza. La dejé caída un poco hacia delante, para que nadie notara la falta y apoyé la corona diminuta tal como la había encontrado.

Al retirar la mano rocé sin querer la cabeza del Niñito Jesús y la Virgen se tambaleó. Intenté sostenerla por la base del vestido. Mi mano se aferró a la tela pero debajo de ella no había más que aire y la Virgen bailó sobre sí misma, como un trompo ya sin fuerzas y a punto de caerse. Fue apenas un segundo pero se me hizo eterno. Después, enseguida, la Virgen se aquietó y quedó parada. Di gracias a Dios. Con intriga, levanté hasta la cintura el vestido celeste y pude ver que el cuerpo de la Virgen no era más que un palo sin barnizar clavado sobre una base de madera. Arriba, el tronco se incrustaba en la cabeza de arcilla pintada y hacía las veces de cuello. Más abajo, los frunces del vestido

imitaban una figura rolliza y maternal, disimulando con bombés de tela celeste el esqueleto pobre.

Todavía sorprendido dejé caer la falda y acomodé el manto. Tenía en mi bolsillo el manojito de pelos y nada más me importaba.

Cerré la casilla de vidrio, me persigné y corrí hacia afuera. Antes de montar la bicicleta hice sonar un par de veces la campana y desaparecí a toda velocidad por el camino. Llegué a casa a la tardecita, justo cuando mi mamá empezaba a preocuparse. Esa noche, en mi cama, me metí el montón de pelos adentro del calzoncillo. Sentí como me cosquilleaban en la entrepierna y como se escurrían hacia mi ingle. La cara de la Virgen se dibujó en mi memoria, y con una mano repetí el gesto lento de levantarle el vestido. Entonces el pelo terminó de rodearme y me dormí así, humedecido y perfecto.

Pasó el domingo y no veía la hora de que llegara el lunes para ir a la escuela y ver a Silvina. Pero el lunes Silvina faltó a clases. Cuando la maestra entró al aula, su banco, bien adelante, seguía sin ocupar.

Silvina no ha venido a la escuela, dijo la maestra con cara apesadumbrada, porque ayer falleció su hermanito.

El grado la miró en silencio. Yo bajé la cabeza.

No tienen de qué preocuparse, siguió. Era un bebé y se ha ido derecho al cielo. Ahora nos cuida desde allá.

¿Por qué se murió el hermanito de Silvina?, preguntó alguien desde el fondo del aula.

Nació muy enfermo, pero ustedes no piensen en eso. Ustedes son chicos sanos e inteligentes y ahora me van a mostrar los deberes que hicieron para hoy, contestó la maestra.

¿Pero la Virgen no iba a salvarlo?, preguntó alguien más, también desde el fondo.

¿Silvina no le había llevado el pelo de regalo para que la Virgen lo salvara?, se sumó otro de mis compañeros.

La maestra, esta vez, no supo qué contestar.

Más manos se levantaron. Todos, menos yo, tenían preguntas para hacer. La maestra respondió algunas. Al final, nos pusimos de pie, nos tomamos de las manos y rezamos un Padre Nuestro.

Cuando terminamos yo estaba llorando.

Me sequé las lágrimas en secreto, con el borde del guardapolvo.

Ni bien arriaron la bandera y la señorita directora nos dejó partir, corrí a casa. Había escondido el pelo en el fondo de mi mesa de luz, envuelto en una bolsa de nylon. Agarré el atado y lo puse en mi mochila. Pedaleé a toda velocidad hasta llegar a la plaza. La iglesia tenía las puertas entreabiertas. Me metí en silencio y caminé entre los bancos, rumbo al sagrario, donde una lamparita eléctrica con forma de cirio titilaba continuamente. A un costado, en un altar lateral, había una Virgen de manto blanco y dorado. A sus pies, entre cabitos de velas y un ramillete de flores plásticas, dejé la bolsa de pelo.

El sol quemaba cuando salí de la iglesia y su resplandor me encegueció por un momento. Cabrera emergía de la siesta. Frente a la casa velatoria, del otro lado de la plaza desierta, se había organizado una procesión de autos. La encabezaba un coche largo que cargaba el cajoncito rodeado de coronas y palmas. Detrás, en otro auto negro, iban los padres de Silvina y una de sus abuelas. Más autos, camionetas y un Rastrojero los seguían en fila india. La caravana rodeó lentamente la plaza. Al pasar frente a mí, pude entrever, detrás del vidrio del segundo de los coches, la cara de Silvina. No lloraba. Miraba hacia delante con ojos duros. Parecía enojada.

Yo no supe qué hacer y levanté la mano para saludarla.

Ella no me vio y el cortejo siguió de largo, camino al cementerio.

HISTORIA DEL AVE FÉNIX

Una vez, hace muchos años, trajeron un Ave Fénix al pueblo, dijo el viejo.

Vino encerrada en una jaula, en la parte de atrás de una camioneta que manejaba un hombrecito pequeño y de dientes negros. Llegó un martes y prometió quemarla el viernes, ante la vista de la concurrencia. Pero el viernes llovió. El cielo se puso pesado y gris y después llovió. Se llenaron de barro las calles y la gente se quedó en su casa, comiendo buñuelos. El hombrecito, entonces, miró llover y decidió esperar hasta que escampara.

El domingo amaneció soleado y todo estaba listo: con tirantes y tablones de madera armaron una tarima en medio de la plaza. Arriba de la tarima estaba la jaula con el Ave Fénix. La gente, al salir de misa, se apretujaba a su alrededor. El espectáculo salía diez mil pesos por persona, menores de cinco gratis. Fue todo el pueblo. El Ave Fénix estaba quieta en su jaula, acurrucada en un rincón, cada vez más ovillada sobre sí misma. El hombrecito se subió a la tarima y pidió un voluntario. Se ofreció un chico de diez, doce años. El hombrecito le dio una antorcha, le sugirió que la mantuviera lejos de la vista y la encendió. Al chico se le iban los ojos tras el fuego azulino que brotaba de la estopa.

Entonces, el hombrecito buscó un bidón y roció al pájaro con querosén.

Al mojarse, el Ave Fénix se desperezó un poco y se sacudió las plumas, salpicando gotas para los cuatro costados. El hombrecito le hizo una seña y el chico le prendió

fuego. Hubo una pequeña explosión y el chico se asustó y dejó caer la antorcha, que se apagó en el suelo.

El Ave Fénix gritaba e intentaba volar dentro de la jaula. Era una bola de fuego. Se chocaba contra los barrotes, caía al piso, se levantaba y chocaba de nuevo. Las alas se movían rápidas, desplegadas y en llamas. En la platea todos estaban callados y quietos, solo se escuchaban los golpes del bicho contra las rejas y los gritos.

El fuego se consumió hasta casi desaparecer y por entre el humo la gente pudo ver cómo el Ave Fénix se desplomaba. Tuvo uno o dos espasmos y el cuello, lo único que hasta el momento se mantenía erguido, terminó de caer. Las llamas todavía ardieron un rato más sobre las plumas que quedaban en el cuerpo chamuscado.

El pueblo contemplaba expectante. Los chicos se colgaban de los vestidos de sus madres, que los cobijaban y les decían, acunándolos, "mi chiquito, mi chiquito, ya pasó, ya pasó". Los hombres se encogían de hombros, reían nerviosos y no sabían qué decirse. Nadie hablaba. De a poco empezaron a moverse.

Allá, allá, les decían las madres a sus hijos, mientras señalaban la jaula.

De ahí va a salir de nuevo el pájaro, mirá cómo va a salir, les decían.

Los chicos asomaban de a poco las cabezas y sin sacarse los dedos de la boca, posaban entre los barrotes sus ojos desconfiados.

Entonces, del cuerpo surgió una llamita.

Ahí renace, ahí renace, se avisaron unos a otros.

Pero el resabio de fuego se apagó enseguida. Un viento suave sopló desde el norte y algunas plumas salvadas del incendio se arremolinaron junto a la jaula. Alguien de la primera fila se paró, tapando la visión. Desde atrás le gritaron que se sentara. Uno lo agarró del brazo y lo instaló de nuevo en su silla. Cuando se despejó la perspectiva observaron atentamente a ver si algo había cambiado pero dentro de la jaula todo seguía más o menos igual.

Lenta avanzaba la tarde. Algunos, los más viejos, empezaron a irse. Mascullaban callados alejándose del gentío. Las mujeres con los hijos dormidos en la falda también se retiraban esquivando cabezas con la vista fija en la tarima.

Cercano a la fuente surgió un murmullo: reclamaban al hombrecito, querían saber cuánto tardaba el Ave Fénix en resucitar. Pero el hombrecito no aparecía por ningún lado. Los hombres comenzaron a discutir, pretendían que les devolvieran el dinero de la entrada. Las mujeres hablaban entre ellas, un poco más alejadas del grupo, con los críos llorosos colgados de las piernas. El comisario organizó la redada. Seis o siete muchachos y dos agentes salieron de a caballo a recorrer los caminos. Unos chicos se subieron a la tarima y con un palo azuzaron el cuerpo negro, carbonizado y quieto.

La partida regresó ya de noche y sin el hombrecito. Habían recorrido cinco leguas a la redonda y no lo habían podido encontrar. Para entonces en la plaza solo quedaban tres chicos jugando a la mancha entre las sillas. A los gritos, desde una esquina, una mujer gorda los llamaba a cenar. Después, solo quedó la tarima y las sillas desacomodadas. Aparecieron dos gatos, uno se metió entre los barrotes y comenzó a hurguetear los restos del pájaro. Alguien lo espantó tirándole cascotes. Eso es todo.

¿En qué año pasó esto?, preguntaron.

En el treinta y tres o treinta y cuatro, si mal no recuerdo, respondió el viejo.

UN HOMBRE FELIZ

a Pía Canello

En mil novecientos ochenta y cinco, gracias a dos ejercicios contables cerrados en positivo, el Banco Social entró en un pequeño oasis de bonanza que le permitió abrir nuevas sucursales y tomar numerosos empleados a lo largo y a lo ancho del país. Una de esas sucursales fue inaugurada en un pequeño pueblo de llanura llamado General Cabrera, justo frente a la plaza, en diagonal a la iglesia, sobre el bulevar. De entre la población local contrataron cinco peritos mercantiles y como gerente llevaron a un contador rosarino terriblemente obeso, de apellido Luque. El Gordo Luque tenía una esposa y tres hijos: Joaquín Luque, que estaba en tercer año del secundario; Martín Luque, que empezaba primero, y Valentín Luque, todavía en jardín de infantes. La señora del Gordo Luque se llamaba Gladis, era simpática y habladora y enseguida se unió a las Damas Parroquiales y, más tarde, organizó y dictó en la Casa de la Cultura unos cursos de ikebana que tuvieron mucho éxito y que irradian a todos los livings del pueblo -y también a todos sus panteones- el equilibrio en los arreglos florales.

Joaquín Luque, en cambio, resultó ser un chico ensimismado, poco sociable y bastante soñador. Caminaba por las calles de tierra sin prestar atención a nadie, con la cabeza en otra parte. El resto de su familia -sus padres y sus dos hermanos- habían demostrado excelentes condiciones para la vida social y en pocos días ya se los podía tomar como cabrerenses de años. Pero Joaquín, no. Atravesaba, al llegar, esa etapa en la que los adolescentes se fascinan con lo